

Cinevida

12-5-44

SALET
BLAY

Robert
DONAT
y
Green
GARSON

en

PRECIO
T'50

*¡Odio's
Mr. Chips!*



EL HIJO DE TARZAN

Las películas de la serie de «Tarzán» han tenido siempre en todos los públicos una gran aceptación: grandes y chicos han desfilado por los cinemas que se proyectaban esas películas, en las cuales hemos visto la selva con sus constantes peligros y aventuras de fieras y de hombres.

Una de las últimas producciones de Metro Goldwyn Maye., recientemente estrenada, es «El hijo de Tarzán», en la cual volvemos a ver al personaje creado por la imaginación de Edgar Rice Burroughs. Este nuevo film, realizado en Hollywood, es uno de los de mayores dimensiones que hasta ahora hemos visto de «Tarzán». Como es natural, está interpretado por la pareja Weissmuller-O'Sullivan y la colaboración del niño John Sheffield, que fué elegido por los productores americanos entre doscientos que se presentaron obedeciendo al llamamiento que lanzó la casa productora.

Este niño, que imita con su mayor voluntad todas las proezas y valentías de su padre, está siendo admirado por el público español que gusta de ver a estos pequeños actores trabajar ante la cámara. Casi la totalidad de las escenas de este film han sido rodadas en una región llamada «Crystal Springs», siendo filmadas muchas de ellas dentro del agua, lo que resulta una de las cosas más maravillosas que se han realizado hasta ahora por el grandioso arte cinematográfico.

En «El hijo de Tarzán» debutan varias clases de animales: elefantes, monos, cocodrilos, etc. En una de las escenas, un gran rinoceronte coge en sus zarpas al pequeño Tarzán y está a punto de perecer, cuando su padre le salva de tan peligroso y supremo trance.

En esta escena demostró el pequeño John que sabe situarse en los momentos dramáticos y quedar a la altura de su interpretación.

Vemos también a través de la película algunas escenas humorísticas: animales que hacen gracia por sus gestos y a la familia «Tarzán» asombrados ante un aparato de proyección que unos exploradores traen a un poblado indígena.

Johnny Weissmuller, el gran campeón atlético, nos



muestra en esta producción, lo mismo que en las otras que ha interpretado, sus músculos de acero y la fuerza colosal de su cuerpo de atleta. Vuela de árbol en árbol cogido de unas simples lianas, luchando en el agua contra feroces cocodrilos, y sobre la tierra y en la selva, contra elefantes y rinocerontes que no quieren obedecer al hombre mono, queriendo, en cambio, arrebatárle el preciado título de Rey de la Selva. Mauren O'Sullivan, la inseparable compañera de Tarzán, ahora su esposa y madre del pequeño Tarzán, colabora con su marido e hijo a lo largo de toda la película, corriendo los mismos peligros y las mismas aventuras.

Es este un film que todos veremos con gusto, ya que el personaje Tarzán ha quedado bien grabado en nuestras mentes, y en verdad sentíamos que se hubiera extinguido esa clase de películas; pero al saber que la serie sigue y que lo mismo que «El hombre invisible», Tarzán también ha vuelto, pero acompañado de toda una familia, nos sentimos íntimamente regocijados, ya que una vez más nos deleitaremos con sus sensacionales y emocionantes aventuras de la selva.

EMILIO BENAVENT

Selva (Humberto) 28-2-1944



presente a

ROBERT DONAT y GREER GARSON
EN LA SUPERPRODUCCIÓN

¡Adios, Mr. Chips!



Se ha celebrado la inauguración del curso en el colegio de Brookfield, fundado por Jonathan Brookfield en el año 1492, el mismo en que Cristóbal Colón descubrió América; y mister Chips, director jubilado de aquella secular institución docente, ha llegado tarde al solemne acto... ¡Des-

pués de largos años, falta por primera vez a la ceremonia que tanto le emociona! Una conjura formada con motivo de un resfriado que padece, le ha impedido ser puntual. Ante la puerta cerrada del gran salón de actos se encuentra con uno de los discípulos que pisa por vez primera el



venerable pavimento de Brookfield y que, como él, tampoco puede entrar. Mas, una vez terminado el acto, y después del desfile de los escolares, aun tiene humor para dar consejos a un profesor novato. Es ya anochecido cuando se separa del nuevo colega para entrar en su casa y enfron-

tarse con el proverbial mal genio de la señora Wickett, su ama de llaves. Una vez acomodado ante el fuego, el viejo profesor dice al ver los preparativos de la señora Wickett: «Esperaré un poco antes de tomar el té, porque es posible que venga alguno de los chiquillos.» El ama de llaves.



refunfuñando, se dirige al aparador: «Me gustaría saber cuántos pasteles se han comido los niños—dice el ama de llaves—. Se le comen a usted vivo. El curso pasado, veintiséis pasteles, doscientas rosquillas, ciento cincuenta panecillos...» Mister Chips la responde un momento, y luego se adormece lentamente al amor de la lumbre y comienza a soñar... Y sus sueños van hacia el momento—precisamente aquel día hace muchos años, en el 1870—en que el entonces joven mister Chipping, acabado de nombrar profesor en el colegio de Brookfield, llega a la estación del ferrocarril para tomar el tren que debe conducirlo al lugar de la vieja institución docente, cosa que le llena de satisfacción, ya que colma todas sus esperanzas. El tren especial que debe conducir a los alumnos de Brookfield, pues es la inauguración del curso, está dispuesto para la salida y el andén es un hormiguero de niños que corren de un lado a otro buscando bulliciosamente sitio en los vagones junto a los amigos del curso anterior, para poder contarse mutuamente las aventuras que les han ocurrido durante las vacaciones estivales, des-



oyendo las recomendaciones de los familiares y las voces de los profesores que, ayudados por los empleados de la estación, intentan poner un poco de orden en aquella algarabía. El joven mister Chipping cree un deber intervenir, y al darse cuenta de la presencia de un señor que intenta poner orden en la juvenil expedición, se acerca a él. «¿Es usted el señor Bingham?—pregunta—. ¿Puedo ayudarle en algo?» Pero el aludido, ducho en aquellas tareas, renuncia la oferta de su nuevo colega. El nuevo profesor señor Chipping, en vista de que su deseo de colaboración ha sido rechazado, y después de observar algunas de las tiernas despedidas entre padres e hijos y escuchar las recomendaciones que los mayores hacen al profesor Bingham, se dirige a buscar sitio en alguno de los vagones archicolmados de gente joven, pero en todas partes parece ser tácitamente rechazado. No se trata de una hostilidad abierta, pero como los muchachos adivinan que se trata de un nuevo profesor, parece que intentan hacer valer sus fueros. Finalmente, en el departamento en el que intenta subir, ve a un muchachito que

momentos antes le había llamado la atención por su aspecto entristecido y que cuando él había intentado acercarse le había mirado fijamente con sus grandes e inocentes ojos en los que aun parecía verse retratada la imagen de sus padres de los que se separaba por primera vez, por cuya inocente mirada se siente atraído. Una vez llegados a Brookfield, el propio señor Bingham, después de haber enseñado a Chipping el aposento que se le destina le acompaña hasta el director, un señor de imponente aspecto con su barba florida, el cual lo lleva a la sala de profesores. «Señores —dice el director—, les presento a su nuevo colega. Está encargado de la clase de los menores.» Y después de ofrecerse a mister Chipping, desaparece solemnemente.

A continuación, los profesores, ante el tímido aspecto de su joven colega, se dedican a hacerle advertencias acerca de las dificultades que deberá vencer en su lucha con los chiquillos «Le compadezco, mucho cuidado, porque son capaces de ponerle tachuelas en la silla... Si es usted atleta, quizá pueda vencerles. Rezaremos por usted, mister Chip-



ping.» Cuando más tarde éste se dirige hacia su clase, los profesores se despiden de él con frases aún más irónicas: «Suponemos que el director ya tiene la dirección de su familia por si ocurre un percance...», y el novato, con todo el aplomo posible, avanza mientras en el aula los niños están con la mirada en la puerta, pues en ella han preparado una picardía. En cuanto mister Chipping traspone el dintel, su birrete rueda por el suelo, pues los muchachos habían puesto un cordel tenso para hacérselo caer. Se arma barullo, el birrete corre de mano en mano y vuelve al suelo en medio de gran escándalo. Mister Chipping fracasa en sus intentos de poner orden, hasta que a la llegada del director se hace el silencio. Lo ocurrido constituye una verdadera tragedia para mister Chipping, que se ha visto obligado a seguir al director hasta su despacho para escuchar de sus labios que, si no se ve con fuerzas suficientes para hacerse respetar, dimita el cargo. El joven profesor, recordando las advertencias de sus colegas antes de entrar en clase, cree que ha llegado el momento de olvidar la ternura que al llegar





al colegio quería prodigar entre los chiquillos y que ante la triste realidad se verá obligado a substituir por un frío rigor, volviéndose severo e inflexible para castigar las menores faltas, sin contemplaciones de ningún género. Una vez conseguido el debido respeto será más fácil de hacerse amigo de los discípulos. La nueva táctica de severidad que a partir del primer día emplea mister Chipping, le lleva a castigar las menores faltas con la mayor dureza. Y así, el día en que debe celebrarse el tradicional partido de cricket entre Brookfield y Sedbury, cuando en pleno refectorio el director se levanta y con habilidad rara en él dice: «Quiero felicitar a nuestros jugadores. Sé que Sedbury manda un buen equipo, al que ofreceremos el té, pero espero que nos quedemos con la copa», se hace un gran silencio, aunque el director esperaba que su chiste habría sido celebrado ruidosamente. Y cuando el propio director demuestra extrañarse de aquel silencio, mister Chipping lo aclara, diciendo que tiene castigada a su clase y no ha querido indultarla por la impertinencia empleada al pedirselo. Mister Chipping ha añadido que lamentaba muchísimo lo que ocurre, y más teniendo en cuenta de que asiste a su clase el mejor jugador del equipo, que, por lo tanto, se verá privado de él, mas que no procede a levantar el castigo, debido a la insolencia con que los alumnos le han hecho recordar tal circunstancia. Los muchachos castigados ocultan como pueden su indignación, y entran en clase mohinos y cabizbajos, mientras el profesor sufre aún más que sus alumnos. Por las ventanas abiertas llegan hasta el aula los ruidos y voces de la noble competición deportiva, y especialmente los gritos y canciones con las que los partidarios de uno y otro bando contendiente animan a su equipo respectivo. Y cuando mister Chipping les da permiso para salir, la derrota de Brookfield es ya inevitable. En realidad, el profesor inexpérimentado ha procedido tan severamente a impulsos del terror que le produjera los desmanes de los chicos y la reprimenda del director el día que celebró su primera lección. A pesar de que su máxima ilusión es conseguir, además del respeto, el amor de sus discípulos, no acierta el camino y como ni uno ni otros dan el primer paso, se ha llegado al castigo de aquel día. Los alumnos jamás olvidarán aquel castigo único en la historia de Brookfield, ya que además de impedirles contemplar la empeñada y tradicional lucha deportiva, ha impedido que su equipo ganase el partido al privarle del mejor de sus jugadores, y este castigo que consideran casi una traición premeditada al honor y a la historia de Brookfield, les separa definitivamente de su profesor de latín.



Una barrera invisible que se ha hecho infranqueable a través de los veinte años transcurridos desde la llegada de mister Chipping al colegio, barrera formada por la severidad inflexible del profesor ante el temor de que sus alumnos intenten repetir las hazañas del día de su llegada

y el terror que los muchachos sienten por el profesor, que nada les perdona, le separa de los que quisiera ser amado. Cuando llegan las vacaciones contempla con amargura cómo los muchachos se despiden cariñosamente de los demás profesores, mientras que a él le saludan con



frialdad. Además, ha sufrido un desengaño al verse postergado en un ascenso que creía merecer. Y cuando, muy amargado, se dispone a irse de vacaciones a un condado próximo, su colega Staefel le propone otra cosa. Este, después de corta discusión, le convence para que le acompañe a ir a Alemania—su patria—y hacer una excursión andando desde el Tirol a Viena. Vencida la repugnancia que Chipping siente por salir de su isla, pocas semanas después ambos

colegas se hallan en uno de los más abruptos parajes del Tirol. En una tarde neblinosa, Chipping, que ha salido a pasear por la montaña, oye una voz femenina como si pidiese socorro, y sin tener en cuenta lo arriesgado de su empresa, escala la montaña hasta hallar a una joven que no se cree hallar en peligro ni mucho menos. Es una de las dos compañeras de hospedaje, inglesas ambas, que también están de vacaciones. Y de las horas pasadas juntos en la niebla de la



montaña, nace una fuerte simpatía. Aquella misma noche, en el albergue montaño tiene lugar una pequeña fiesta para celebrar el salvamento de Catalina—que así se llama la muchacha—debido al heroísmo de Chipping, pero éste, que víctima de su timidez ha huído de la reunión, tiene ocasión de escuchar, desde su refugio de la terraza, una conversación entre las dos amigas, gracias a la cual comprende que la simpatía ha sido mutua, ya que respondiendo a los reproches que le hace, Catalina responde diciendo que el profesor es un hombre muy simpático y agradable, aunque demasiado cohibido por la timidez.

A la mañana siguiente las dos muchachas, que recorren la comarca en bicicleta, han partido, y más tarde, Chipping y Staefel sufren una desagradable sorpresa con unas desconocidas que, como aquellas, también viajan en bicicleta.

El desencanto es motivado porque ambos profesores, dándose cuenta de la simpatía que inspiran a las dos muchachas, deciden seguirlas y al llegar ante una posada y ver dos bicicletas de mujer, como si en el mundo sólo ellas pudieran pasear en bicicleta por el Tirol, los dos amigos deducen que indefectiblemente Flora y Catalina se hospedan allí y entregando su tarjeta al hostelero le dicen que esperan a las viajeras.

¡Mas ante ellos se presentan dos solteronas feas y malhumoradas que, interpretando la «plancha» de los dos amigos como una broma de mal gusto, les amenazan con los peores males!



Los dos amigos, decepcionados, re-emprenden su camino y finalmente embarcan en un vaporcito del Danubio, cargado de pasajeros que, como ellos, van a Viena. El vapor es de dos cubiertas y mientras en la inferior los dos profesores comentan su mala suerte, arriba las dos muchachas hacen comentarios acerca del color del Danubio Azul. A la llegada, Chipping descubre entre los viajeros a Catalina y su amiga, y ante aquel encuentro la emoción del profesor es tan grande que por poco promueve un tumulto, ya que impide el paso en la estrecha pasarela del buque. Las dos parejas penetran juntas en la ciudad, y aquella misma noche visitan una de las salas de baile más célebres de Viena. Mas ocurre que mientras Staefel y Flora danzan alegremente, Chipping permanece sentado ante Catalina. Esta, para romper la cortedad de su compañero, sabe hallar la manera de vencer su resistencia, ya que alega no haber bailado desde su época de estudiante, y ambos danzan gentilmente, ante la estupefacción de Staefel. El profesor Chipping confiesa que aquella noche ha pasado las horas más felices de su vida y al llegar al hotel, Staefel se sorprende al ver a su compañero convertido en otro hombre. Pero al día siguiente llega la triste realidad de la separación, ya que Catalina y Flora, ante el próximo fin de vacaciones, emprenden el viaje de regreso a Inglaterra. Chipping, que durante la noche se había creído capaz de espetar mil declaraciones amorosas, una vez en presencia de Catalina, que está pronta a subir al vagón, se siente abandonado por el valor y sólo cuando el tren ya está en marcha, corriendo a lo largo del andén, Chipping se atreve a hacer la proposición matrimonial. Los dos colegas precipitan también su regreso, y al empezar el curso, Catalina ya es la esposa de mister Chipping, profesor del colegio Brookfield. El día del principio del curso, poco antes del acto inaugural, los profesores están reunidos en su sala de tertulia cuando uno de ellos, que permanece apartado de la conversación leyendo un periódico, profiere una exclamación de asombro al leer la noticia del casamiento de mister Chipping, y la comunica a los demás, que casi no quieren creerla. Interrogado por los demás profesores, Staefel la confirma, pero a las varias preguntas de éstos contesta dando informaciones contrarias a la realidad referentes al carácter y físico de la señora Chipping.



Momentos después la puerta se abre para dejar paso al matrimonio, y todos se quedan anonadados ante la belleza de Catalina, no tardando en ser cautivados por la simpatía y discreción que emanan de la señora Chipping. A los pocos minutos, Catalina es considerada como una compañera más, y los profesores se desviven para servirle el té, pero es ella quien halla solución en aquel pugilato de cortesía, sirviendo ella a todos. Mientras tanto, entre los chicos ha corrido la voz de que en la sala de profesores está mister Chipping con su esposa, e inmediatamente son muchos los estudiantes que, a pesar de ser muchachos bien educados, no pueden resistir la tentación de acercarse hasta la puerta de la sala y disputar silenciosamente entre sí para ver quién es el privilegiado que puede pegar un ojo al agujero de la cerradura para ver a la esposa del severo y antipático mister Chipping, a la que, sin haberla visto todavía, no vacilan en

calificar de esperpento. El que ha conseguido el deseado lugar desde el que puede hacer una inspección al interior de la sala, se ve obligado a comunicar en voz baja a sus compañeros el producto de sus observaciones a medida que las va obteniendo.

«Es muy joven y en vez de Chipping le llama «Chips». Así lo ha explicado el propio profesor»—dice el muchacho.

Mas los curiosos no pueden seguir mucho rato junto a la puerta, ya que deben apartarse precipitadamente para dejar paso al matrimonio, que ha dado por terminada la visita a los profesores. Los muchachos, al ver la bella y amable fisonomía de Catalina, olvidan por un momento que el profesor Chipping es el terror del colegio y sonríen.

«Buenas tardes—les dice Catalina—. ¿Son tus discípulos?»

«Sí—responde Chips, presentando a los alumnos a su esposa—. Este es Mansfield, Winthrop, Smith...»

«Yo soy Colley»—exclama uno de ellos.

«Espero que nos veremos a menudo, niños—interrumpe Catalina, sin consultar previamente a su marido lo que va a decir a continuación—, pues mi esposo piensa invitaros a tomar el té todos los domingos. Empezaremos dichas fiestas el domingo próximo. ¿Dijiste a las cinco, verdad, Chips?»

Y tras la respuesta afirmativa de su sorprendido marido, el matrimonio





Chips prosigue su camino y los niños se quedan mirándoles.

«No está mal»—exclama uno de ellos.

«Me gusta mucho»—replica otro, seriamente.

Mientras se alejan, Chips recuerda al muchacho que se ha presentado a ella diciendo: «Yo soy Colley».

Y dice a su esposa:

«Siempre hay un Colley en el colegio.»

Y como una evocación, recuerda el día de su llegada a Brookfield, veinte años antes, lleno de ilusiones que luego había perdido. Y desde aquel momento en que recuerda cómo fracasó en su intento de atraerse el corazón de sus discípulos, piensa que su esposa quizá le ayude a atraérselos. Al domingo siguiente, los muchachos invaden la residencia del profesor. La presencia de Catalina, con su elegancia y su encanto personal, obra milagros, atrayendo irresistiblemente a los muchachos que antes no se hubieran atrevido, bajo ningún pretexto, a llamar en la puerta de la casa de mister Chips. Todos hablan, ríen y comen pasteles, y hasta el profesor da rienda suelta a su carácter cordial, explicando algunas anécdotas.

«He pasado una tarde encantadora—dice Catalina cuando el tañido de la campana, llamando a oración, obliga a despedir a los chicos—; espero que volveréis el próximo domingo.»

Y ellos, dando las gracias, salen como una bandada de gorriones. A pesar de que Chips, al principio dijera a su esposa que con aquellas innovaciones en su trato con los alumnos iba a perder la autoridad que tiene sobre ellos, ve que sucede algo distinto y muy agradable para él, ya que sin perder el prestigio ha conseguido que los muchachos sigan respetándole como antes y que al propio tiempo le quieran como a su mejor amigo. Y sintiéndose querido por ellos y adorado por su esposa, Chips es feliz en aquel hogar amable y bien cuidado en el cual dondequiera que pose la vista ve un detalle revelador de la inteligencia, amor y buen gusto de la dueña de la casa. Las veladas hogareñas transcurren plácidamente en la mayor de las dichas, y Catalina, que vela por la felicidad de los muchachos, de vez en cuando inspira a su esposo detalles que los discípulos agradecerán. En cierta ocasión, estando Chips de turno de vigilancia en los dormitorios, la delicadeza de Catalina consiste en rogarle que, antes de hacer la visita nocturna, haga ruido; y Chips, recordando que en sus años de escolar también gustaba de comilonas en los dormitorios, accede. Inopinadamente, un día Catalina le dice:

«Estoy segura que serás director de Brookfield.»





Al llegar las vacaciones de Navidad durante uno de los cursos siguientes, mister Chips es llamado por el director. Después de celebrada la entrevista llega radiante a su casa, diciendo a su esposa:

«¡Catalina, me han nombrado primer maestro!»

Para la señora Chips aquel ascenso representa, además de la alegría por la satisfacción de su esposo, poseer un hogar más bello, que ella aun hermoseará más. Y para que aquella velada sea aún más memorable, llega Staefel diciendo:

«Hay que celebrar el acontecimiento. No hemos vuelto a beber juntos champaña desde aquel día de Viena. ¿Se acuerda, Catalina? ¡El hermoso Danubio Azul!... A la salud del amigo Chipping y de su esposa, la mujer más encantadora del mundo.» Y al llegar el brindis de Catalina, ésta, levantando la copa, dice:

«Para Staefel, para Chips, para el porvenir de todos.»

Los años siguen su curso, nuevos muchachos se matriculan en la escuela mientras otros, terminados sus estudios, se marchan dispuestos a emprender su lucha por la vida, a crear una familia, a ser felices. Mas cuando mister Chips cree que llega el instante de la suprema dicha, una irreparable desgracia destroza su corazón. Catalina muere... Ha exhalado su último suspiro minutos antes de la hora en que su esposo entra en la clase de los muchachos a los que ella ha amado tanto y quizá por ello, el profesor, haciendo gala de un valor sobrehumano, se dirige a su aula. Es, precisamente, el día de Inocentes y los alumnos han preparado una broma, seguros que él no se enfadará. Y cuando mister Chips, anonadado por la desgracia que le abruma, comienza a abrir sobres en blanco que los chicos dejaron sobre la mesa, éstos conocen la verdad y lloran también. El tiempo y la tarea de enseñar a sus alumnos, a los que tanto quiere, ha sido un sedante para el dolor del viejo maestro, al que todos siguen llamando cariñosamente «mister Chips». Un nuevo director, imbuido de nuevos métodos pedagógicos, intenta que él cambie su sistema en la enseñanza del latín, y ante la continuada resistencia del veterano profesor le manifiesta sus deseos de que se retire del trabajo activo para tomar el descanso que tiene tan merecido. Es difícil, aunque parezca raro, que un propósito parecido permanezca en secreto, dentro de un colegio a pesar de que, como en este caso, la entrevista ha sido privada y secreta entre el director y el profesor. Los alumnos, sin que nadie pueda saber cómo, se enteran de lo manifestado por el director a mister Chips y llegan incluso a reunirse para tratar de la manera de que tal cosa no llegue a la realidad. Y el Consejo Directivo de Brookfield, del que forman parte hombres que fueron sus alumnos, ruega al viejo mister Chips que siga en su cargo.

Pero cinco años más tarde, como el tiempo no pasa en vano sobre los hombres, es el propio mister Chips quien da a entender que está demasiado fatigado para seguir trabajando de manera eficiente en la enseñanza cotidiana de los muchachos. El día de la despedida han acudido al gran salón de Brookfield todos los señores que forman el Consejo Directivo, porque la solemnidad del acto lo requiere, y tras unas emocionadas palabras del director —el mismo que quería haberle jubilado prematuramente, equivocación que él mismo con nobleza declara en aquel momento—, el capitán deportivo del equipo se levanta para hacer entrega de una bizcochera que por suscripción entre todos dedican como recuerdo al veterano profesor. ¡A lo largo de su vida les había regalado a ellos tantos bizcochos! Y finalmente es el propio mister Chips quien con su proverbial buen humor se levanta para dar las gracias a todos y anunciar que seguirá viviendo cerca de ellos, en una casa que hay ante la entrada principal de Brookfield al que ha consagrado su vida. Y cuando ante la puerta de su nueva morada se despide del director, aun resuenan en sus oídos los atronadores gritos de los chicos: «¡Adiós, mister Chips!»

Poco después de haberse jubilado llega la guerra. Los alumnos siguen visitando a mister Chips, que no ha podido abandonar la vieja costumbre de invitarles a tomar el té en su compañía, y uno de ellos, que sólo cuenta dieciséis años, habla de ir a la guerra. Mister Chips, aunque expresa su creencia de que la catástrofe no durará tanto, se estremece recordando los nombres de aquellos de «sus chicos» que ya han perdido su vida en ella. Un día va a verle un antiguo alumno vestido de oficial del ejército. Es Colley, aquel muchacho que se presentara espontáneamente a Catalina el día de su llegada.

«Quisiera pedirle un favor—dice al anciano—. Marcho a Francia y mi esposa quedará muy sola con nuestro pequeño. Desearía que algún día fuera a visitarla.»

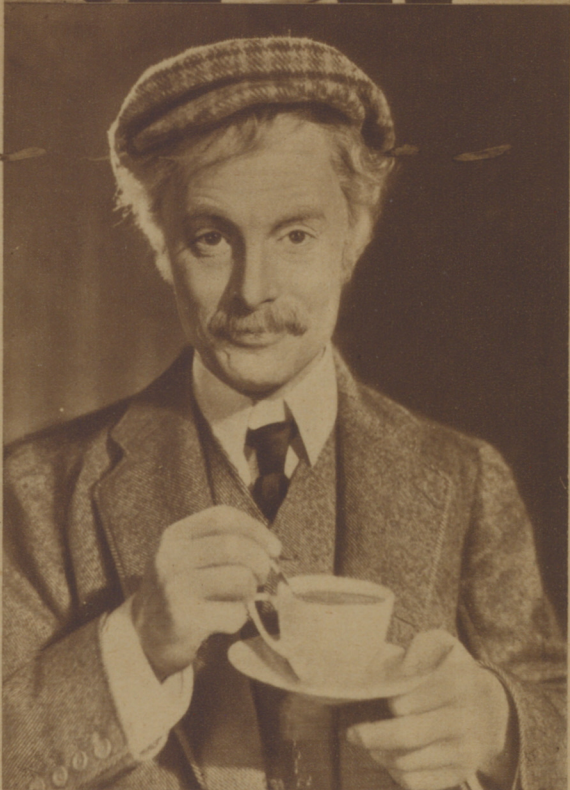
Y Colley parte en un auto militar cuyo chófer es otro ex alumno con el que antes siempre se peleaba. Al verles, mister Chips recuerda en el acto la más feroz de las peleas que los dos muchachos sostuvieron. Colley pertenecía a una familia distinguida y el hoy chófer era hijo de unos tenderos de comestibles. Tras algunas palabras gruesas, el primero le llamó «queso». Y gracias a que el profesor, casualmente, pasó por allí y les obligó a hacer las paces, la cosa no tuvo las consecuencias que eran de temer.

Y ahora, cuando el soldado sentado al volante le pregunta: «¿Y a mí, me conoce usted?» Mister Chips responde sin vacilar: «Sí. Tú eres el «queso»».

Después, el ama de llaves le anuncia la visita de dos señores. Son dos miembros del Consejo Directivo: Morgan y Henderson, y el primero le dice:

«Prepárese usted para un susto, Chips. Nos encontramos en un gran apuro para el próximo curso. La mitad de los profesores se han incorporado y los que les han substituido son algo imposible. El primer maestro se marcha. ¿Se ve usted capaz de asumir la dirección de Brookfield? Nadie conoce la escuela como usted. Deseamos que sea usted director hasta que la guerra termine. ¿Lo hará usted, mister Chips?»

La noticia le sorprende solamente un momento, pues casi instantáneamente recuerda que Catalina le dijera una vez que llegaría a Director de Brookfield.





Ya es director de Brookfield, mister Chips... ¡Pero en qué dramáticas circunstancias! Todo respira un ambiente angustioso de guerra y no faltan los muchachos que, contagiados de aquel insólito estado de cosas, confunden el valor con la indisciplina. Entre ellos está el grandullón Burton, al que Chips se ve obligado a llamarle a su despacho de la dirección, y después de castigarle en las posaderas—según la clásica costumbre escolar inglesa—le dice:

«No crea que me ha divertido tener que hacer lo que he hecho, pero como pronto irá usted de oficial a Francia, para mantener la disciplina precisa que sepa lo que ésta es. Usted desprecia a los profesores porque no se han incorporado al ejército; pues para que lo sepa, todos y cada uno de ellos ha intentado alistarse. Yo mismo soy director del colegio porque todos los hombres útiles que había en Brookfield se encuentran en el campo de batalla. Yo no sirvo para ir a las trincheras, pero yo cuidaré de que Brookfield sea lo que ha sido siempre...»

Y ante las palabras del viejo director, Burton confiesa su falta y su propósito de enmienda.

Pasan meses, años terribles para Brookfield, y la lista de alumnos y ex alumnos muertos en campaña ha ido aumentando. Una de las bajas que más ha sentido Chips es la del oficial Colley, a cuya esposa visita frecuentemente. Mas una buena mañana, por medio de un llamamiento telefónico, un coronel amigo del viejo profesor anuncia desde Londres que la guerra ha terminado. Y jamás como aquel día, profesores y alumnos rezaron plegaria más fervorosa.

Al llegar a esta parte de su sueño, el anciano y venerado profesor mister Chips vuelve a la realidad porque alguien acaba de llamar a la puerta.

Hace rato que, fuera, varios chicos de los ingresados en Brookfield durante el curso anterior

quieren dárseles de hombrecitos intentando hacer pagar la novatada a un muchachito que acaba de llegar.

El proyecto consiste en hacerle creer que cada «nuevo», si es inteligente y quiere verse libre de ciertas complicaciones, debe ir a casa de mister Chips con objeto de presentarse a él y ofrecerse.

«Esto—le dicen los bromistas—no lo saben todos, pues el mérito consiste en que no se divulgue, ya que entonces, si todos fueran a saludarle, la cosa no tendría fuerza alguna.»

El novato vacila, ya que llamar a una casa desconocida en la que vive un anciano profesor de una escuela como Brookfield, impone miedo a cualquiera. Mas, finalmente, convencido por la simulada sinceridad de sus compañeros y recordando que su padre y su abuelo, educados allí seguramente, tuvieron parecidos rasgos de valor, haciendo de tripas corazón, se detiene ante la puerta de mister Chips sin darse cuenta que sus compañeros se apartan presurosos.

Con el peso de sus años, el viejo profesor va a abrir, y al hallarse ante el niño, que titubea, le

observa con la más placida de sus sonrisas. Al ver sus asustados ojos, le hace entrar, y una vez ambos ante el fuego, le dice:

«A ver, niño; trae el agua, está cansada de hervir, y escaldaremos el té... ¿Conque eres un niño nuevo?... ¿Cómo te llamas?»

«Colley»—responde el chiquillo.

«¡Colley!»—piensa el profesor, mientras atiende al niño.

Y aquel nombre tiene el poder de hacerle evocar toda su vida otra vez.

«Come—le dice—, come sin cumplidos... ¿Brookfield te da miedo? A mí también me dió miedo hace algún tiempo. Sesenta y tres años, para precisar. Toma un pastelillo de éstos.»

La campana tocando a oración pone fin al coloquio del viejo y el niño.





El último de los Colley se marcha encantado, prometiendo volver otro día. Y al profesor, que quisiera acompañarle hasta la puerta, se lo impide el cansancio.

Poco después de haberse marchado el pequeño Colley, regresa la señora Wickett, la cual se da cuenta que el profesor está más fatigado que de costumbre, como si la carga de toda su vida de trabajo comenzase a pesarle demasiado, y después de conseguir que se acueste pronto, va a buscar al doctor Merivale a primeras horas de la mañana siguiente.

El apacible aspecto del enfermo alarma al doctor, el cual ordena que inmediatamente sea avisado el director de Brookfield, que no tarda en llegar, y al ver la palidez y el sopor del viejo mister Chips, no necesita pedir explicación alguna al doctor. La respiración del anciano es apenas perceptible y da la impresión de una luz que se extingue lentamente. Y así es, en verdad. La vida de aquel hombre bueno y justo, después de haber consagrado toda su vida al sublime sacerdocio de la enseñanza, está abandonando este mundo con la misma dulzura con que permaneció en él.

«¡Pobre Chips, qué vida más solitaria! ¡Siempre solo!»—exclama el director.

«No siempre tan solo—responde el doctor—. Se casó y fué muy feliz. ¡Lástima que ella murió siendo muy joven todavía!»

Aunque ambos hombres hablan en voz queda, Chips, que está de espaldas a ellos, se ha despertado y comienza a escuchar la conversación.

«¿Y quedó sin hijos?»—pregunta el director.

«Sí.»

«¿Qué es lo que estaban hablando?»—pregunta Chips con voz trabajosa—. «¿Se referían a mí?»

«No, hombre—responde el doctor—. Estábamos esperando que despertara, que ya es hora.»

«Sí—responde Chips, que hasta

en sus últimos momentos conserva su lucidez de pensamiento—. Les he oído que hablaban de mí... Me parece que han dicho que era una lástima que no tuviera hijos.»

El director y el médico de Brookfield se miran asombrados ante aquel alarde de lucidez y energía mental en aquel hombre, sólo piel y huesos, que apenas abulta bajo las sábanas.

«Están ustedes equivocados, señores... ¡Ya lo creo que he tenido hijos!... ¡Miles y miles de ellos!»

Y como si hubiese puesto en tales palabras su último hálito de vida, cierra los ojos para siempre, mientras reflejando su último pensamiento, que ha dedicado a los niños—a sus niños—, en su cara queda fijada una sonrisa de paz.

En aquel preciso momento se abre la puerta. Es el nuevo Colley que, en vista de la amabilidad con que fué acogido la tarde anterior, vuelve a hacer una visita al viejecito amable y cordial. Y sólo puede decir:

«¡Adiós, mister Chips!»

FIN

PROXIMAMENTE:
LA MAGNIFICA PRODUCCIÓN
DE SAMUEL GOLDWYN

Rapsodia de Juventud

CON JOEL MC. CREA

CONSULTORIO

Cinematográfico

En esta sección contestamos por riguroso orden de llegada, a cuantas preguntas, consultas y peticiones se nos hagan referentes a artistas, películas y, en general, a todo lo relacionado con la cinematografía.

También hacemos llegar a su destino cuantas cartas se nos remitan para entregar a artistas cinematográficos españoles, siendo indispensable, en este caso, acompañar el franqueo correspondiente.

No contestamos directamente.

FRANCISCO CARRANZA. Granada. — Nos sorprende que nos escriba pidiendo que le mandemos fotografías de artistas, porque no nos ocupamos de esto. Tendrá usted que adquirirlos en las librerías, donde acostumbra a venderlos. Las señas de Fernando Freyre de Andrade son: Alberto Aguilera, 64, Madrid. Las de Alberto Romea: Carretas, 3, Madrid. Las de Alfredo Mayo: Ibiza, 19, Madrid. Las de Imperio Argentina: Alfonso XIII, 9, Madrid. Las de M. F. Ladrón de Guevara: Valverde, 4, Hotel Pereda, Madrid. Las de Amparito Rivelles: Avenida José Antonio, 31, Hotel Lacorzá, Madrid. A excepción del señor E. Castro, hemos podido complacerle facilitándole las direcciones que solicitaba. En lo que no daremos satisfacción a su pregunta es en lo de los artistas que no se mencionan, pues... es asunto privado.

JOSE ALBIACH. Sedavi (Valencia). — Nos habla usted en su carta de un artista que ha desaparecido de la pantalla hace tanto tiempo, que seguramente ni él mismo debe acordarse de cuando hacía películas, y por consiguiente no podemos facilitarle información sobre el mismo. Habrá visto usted ya el álbum con «Las aventuras de Marco Polo». La otra cinta que menciona es posible que también se publique. Agradecemos extraordinariamente su indicación y dibujo para solventar el asunto del cupón, que ya no es necesario, pues habrá observado que el cupón ha desaparecido. Su idea de encuadernar los álbumes no parece buena, pero el orden de publicación se ordena muy anticipadamente y una vez en marcha no puede sufrir alteraciones. ¡Imagínese usted que tuviéramos que publicar las películas a gusto de cada uno de los lectores! Reconocidos por sus felicitaciones.

FERNANDO DOMÍNGUEZ COLERO. Puente Vallecas (Madrid). — Muy bien, dieciséis años y deseos de ser artista de cine. Su vocación nace ya con usted. Como todos los jóvenes de su época, porque no saben que ser artista de cine es muy cansado y se imaginan que siempre visten elegantes, van en auto y bailan en los restaurantes de moda; pero si su afición es esta, no seremos nosotros quienes se lo reprochemos. Hoy existen muchos estudios en España. Vamos a darle un par de direcciones, tome el tren o el tranvía, si se dirige a uno de Madrid, y a ver si le contratan. Suponemos que tendrá usted alguna cualidad para ser artista, ya que el deseo no basta. Le recomendamos los Estudios Ballesteros: García de Pa-Valdeiglesias, 8, Madrid. Los Estudios Orphea Film: redes, 53, Madrid. Los Estudios C.E.A.: Marqués de Parque de Montjuich, Barcelona. A ver si logra usted introducirse en la familia cinematográfica española, que ya empieza a ser numerosa. Le recordamos que nunca se contesta particularmente. A todos se corresponde desde estas columnas.

JUAN MARIA PRIETO GUIASOLA. Elbar. — Su carta no ha sido remitida al artista a quien la dirige porque no trajo franqueo ni sobre para ello. Si tanto le interesa dirigirse a dicho artista para pedirle consejos, puede escribir de nuevo la carta, con sobre especialmente dirigido a él y a la siguiente dirección: Ibiza, 19, Madrid.

CONSUELO DE LA PRADA ARROYO. Sevilla. — ¿Una nueva admiradora de Alfredo Mayo? Le interesa su dirección y estamos en situación de poder facilitársela aquí mismo: Alfredo Mayo, Ibiza, 19, Madrid. La de Luis Peña: Hotel Capitol, Madrid. Nos satisface ver que es usted una admiradora de las estre-

llas españolas. Su carta es breve y concisa. ¡Ah, cuán agradables son estas misivas que no complican la vida, porque no quieren saber más que aquello que realmente se puede saber y se sabe! Deseamos que los dos artistas por quienes usted se interesa sean amables y correspondan a su petición, sea la que fuere. Consuelito, ¡esperamos que nos escriba otra vez y tantas como quiera, que siempre le contestaremos con gusto. Un consejo, no obstante: al dirigirse a los artistas conviene hacer una carta bien cumplida, sin ahorrar papel, que ahora ya va abundante.

JOSE MASCARELL. Grao-Gandía. — Ya habrá usted visto a Mercedes Vecino en «El escándalo», y esta película corresponde a la temporada 1943-44. Es casi seguro que la verá en alguna otra. La dirección de esta artista es: Rambla de Cataluña, 58, Barcelona. Si son novios o no son novios aquella parejita, es cosa sabida de hace tiempo y nos sorprende que usted no lo sepa todavía. Los aficionados al cine nunca quedan satisfechos, siempre quieren saber más.

JULIO FERNANDEZ Y LAUREANO. Madrid. — Sus preguntas son pocas, pero no fáciles de contestar. Por ejemplo, lo de «Jaimito». No sabemos en cuántos films ha tomado parte ese prodigio. La dirección de Roberto Font es la siguiente: calle Amigó, 74, Barcelona. La de Antonio Casal: Alcalá, 181, Madrid, y desconocemos la de Rosita Yarza. Las películas que le interesan irán apareciendo poco a poco en nuestros cuadernos.

VALERIANO ANDREU. Villarrobledo. — Hoy estamos poco afortunados con los consultantes, porque todos o casi todos piden contestación particular y hemos de decir y repetir que sólo contestamos a través del consultorio. A usted también, don Valeriano, hemos de decirle lo mismo, y pasamos a contestarle. La dirección de Mery Martín es: calle Molins de Rey, número 15, 1.ª, 1.ª, Barcelona. La de Rosita Montaña: Marqués del Duero, 152, Barcelona. La de Lily Vincenti: Hotel Ritz, Barcelona. Desconocemos las señas de las otras dos estrellas que cita.

R. A. P. Zaragoza. — Nos sentimos muy halagados por las frases que dedica a nuestra publicación. Observamos que es usted un gran entusiasta de CINEVIDA y no dudamos de que las innovaciones introducidas en los álbumes habrán sido objeto de su beneplácito. La idea que nos brinda de dos por semana, sería una equivocación. No conviene abusar de lo bueno. Esperamos que las películas que estamos publicando esta temporada son de su agrado.

MARIA VICTORIA GARRIS. Bilbao. — Querida niña: accediendo a tu petición, te tuteamos y pasaremos a contestar tus preguntitas. Has acertado en lo de la edad de Imperio Argentina; por lo visto, estás bien de aritmética, lo cual es muy conveniente. Referente a «Goyescas», dejamos la pregunta sin contestar. El tiempo cuidará de hacerlo. En esta sección no publicamos biografías de artistas porque ya tienen la suya, por lo que cualquier día verás publicada la de tu artista favorito. Como puedes ver, contestamos todas las cartas y no debes impacientarte cuando tardamos un poco. No tienes idea de los montones de correspondencia que tenemos. Parece increíble la cantidad de aficionados al cine que hay, y todos desean saber tantas cosas, que nos tienen muy ocupados. Ya ves, Victoria, que tus cartas son siempre bien recibidas.

TODAS LAS CONSULTAS DEBEN SER DIRIGIDAS A «CINEVIDA».

Londres, 188. Barcelona

30 €

Cinevida



Ginger Rogers

Hispano Americana de Ediciones, S. A.
Redac. y Administr.: Londres, 188 - Barcelona

HUECOGRABADO PLANAS - BARCELONA